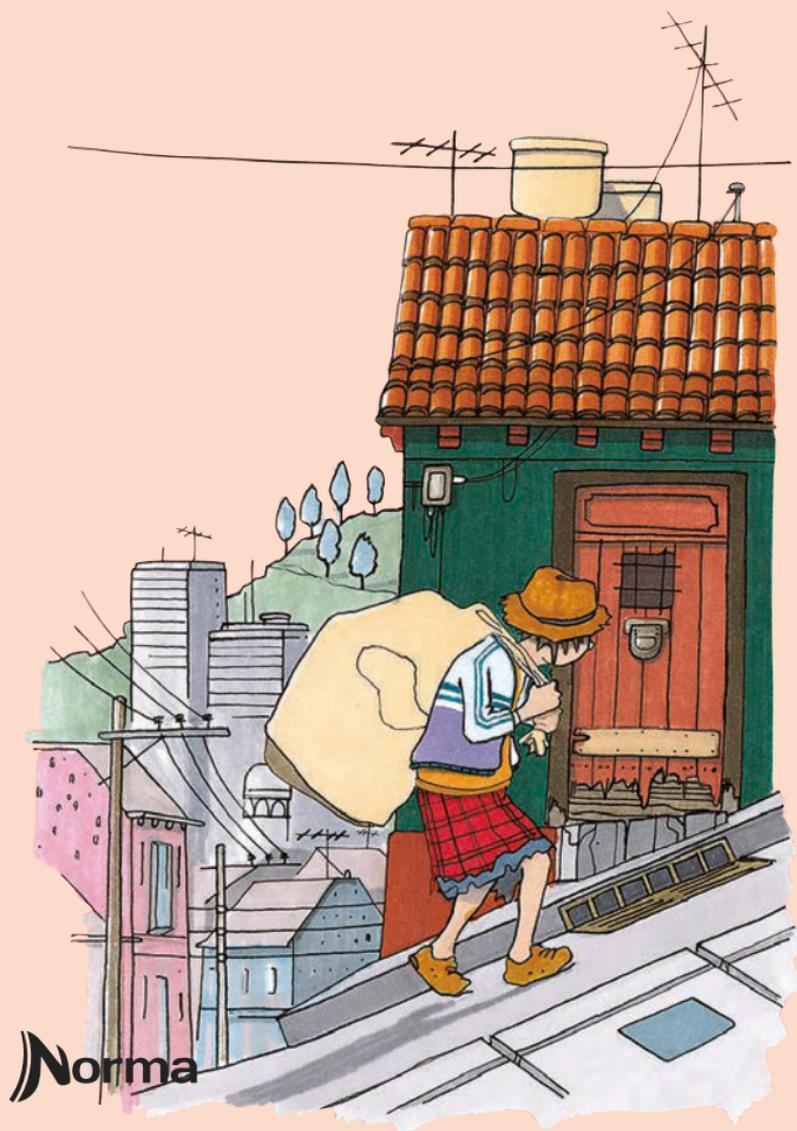


Ilustraciones de Carlos Manuel Díaz

El tesoro de la pordiosera

Julia Mercedes Castilla



Norma

El tesoro de la pordiosera

El tesoro de la pordiosera

Julia Mercedes Castilla

Ilustraciones de Carlos Manuel Díaz

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,
Lima, México, Panamá, Quito, San José,
San Juan, Santiago de Chile

D. R. © Julia Mercedes Castilla, 2002

D. R. © Grupo Editorial Norma
1997, para todos los países de habla hispana

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,
Alcaldía de Benito Juárez, México,
Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal,
S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México - Printed in Mexico

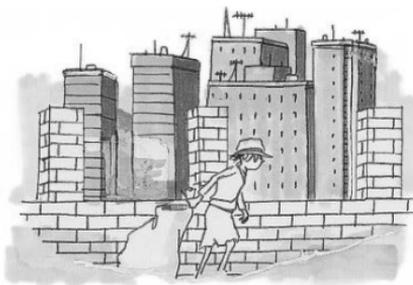
Primera reimpresión, agosto de 2020

Ilustraciones: Carlos Manuel Díaz
Edición: Cristina Puerta Duviau
Diagramación y armada: Nohora E. Betancourt Vargas
Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares

ISBN: 770-689-41-1625-6

Contenido

Una extraña mujer	7
El intento	19
La oportunidad esperada	27
Otra vez en el parque	39
La persecución	47
Llorón se pierde	53
La desaparición	63
Encuentro con la felicidad	73
No hay razón para llorar	81
¿Dónde está Perico?	93
La bolsa	105
El retorno	115



Una extraña mujer

Hace muchos años, cuando Bogotá no era la inmensa ciudad que es hoy, una extraña mujer rondaba por sus calles a todas las horas del día y de la noche.

—Mírela, Perico. ¿Cierto que parece una bruja? —preguntó Chiquito haciendo temblar su cuerpo de pies a cabeza.

—Sí, es una mujer muy rara, pero yo no le tengo miedo —Perico se pasó la mano por el cabello como si quisiera domar los pelos parados que parecían cerdas de cepillo.

—No diga mentiras. Yo sé que también le teme a la bruja. Usté mismito me lo dijo —afirmó Llorón, el mejor amigo de

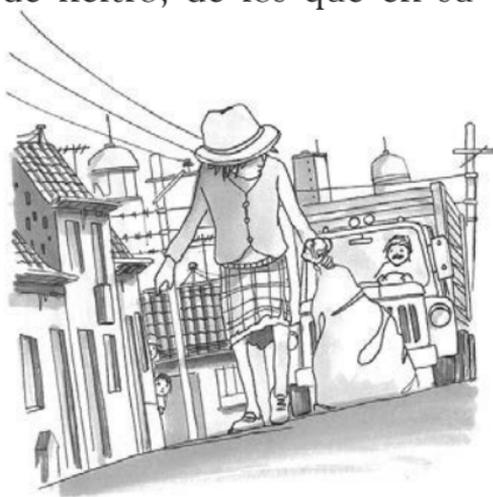
Perico, a quien el grupo de niños de la calle atormentaba sin consideración. Adquirió el nombre por su manía de llorar por cualquier cosa. En contraste con Perico, Llorón le tenía miedo a todo.

—Yo nunca dije eso —Perico le envió a Llorón una mirada matadora.

Llorón no dijo nada, volteó la cabeza y le dio un par de patadas a una rama seca que estaba sobre la acera.

Perico y sus tres amigos perseguían a La Changua cuando estaban con las ganas auestas. Se divertían a costa de la infeliz.

—¿Qué cargará la vieja en esa bolsa que arrastra calle arriba y calle abajo? Tenemos que averiguarlo. Seguro que tiene un pocotón de cosas buenísimas —dijo el mayor de los chicos. Llevaba puesto un sombrero gris de fieltro, de los que en su tiempo



usaban los señores importantes de la sociedad. Alguien se lo había regalado hacía unos dos años, convirtiéndose en el símbolo de autoridad del líder del grupo.



—Me muero de ganas de ver qué tiene La Changua entre esa bolsa —dijo Perico entusiasmado con la idea.

Llenos de curiosidad, los gamines decidieron arrebatárle a la mujer su más preciada posesión.

—Mejor dejémosla en paz. Ese periódico con el que nos golpea se siente como un látigo —dijo Chiquito frotándose la parte del cuerpo donde con frecuencia recibía la furia de la mujer.

—Nosotros tenemos cuidado de no dejarnos coger, usted es al que agarra pa'darle duro porque como es bobo y se deja. Tiene que aprender a defenderse —dijo Perico, el más fuerte y aventurero del grupo, y el que los retaba a toda clase de travesuras—. ¿Se acuerdan cuando llamó a un policía porque nos estábamos burlando de

ella? Corrimos tan rápido que cansamos al policía. Fue muy divertido.

—Esta vez no la vamos a hacer rabiar, le quitamos la bolsa y echamos carrera —dijo el chico-líder en tono de seriedad. Con sus once años entrando en veinte parecía sentirse el padre de sus compañeros. Su hogar eran las calles de la ciudad y su familia aquéllos que se encontraba en su camino, teniendo que volverse mayor a la fuerza.

Los niños de la calle, vestidos con sacos y pantalones que habían pertenecido a otros niños más grandes o más pequeños que ellos, se dedicaban a atormentar a La Changua gastándole toda clase de bromas, lo que enfurecía a la mujer. La esperaban escondidos detrás de los muros o en cualquier sitio donde pudieran sorprenderla. Hacían reuniones especiales con el único objeto de inventarse nuevas travesuras para sacarla de quicio. Terminó por ser una guerra entre los niños de la calle y La Changua.

—¿No le podemos hacer aunque sea una broma? Es tan bueno hacerla rabiar.

A Perico le encantaba la aventura y el peligro aunque a veces sentía temor, pero no dejaba que nadie se diera cuenta. Tenía una reputación que proteger.

—Ya dije que no. Si queremos apoderarnos de la bolsa debemos hacerlo con mucho cuidado y sin ruido —el chico-líder no parecía dispuesto a permitir que se le contradijera.

—Está bien —Perico soltó una carcajada—. No hay duda que's una vieja loca. Mire no más cómo se viste. Parece un arco iris.

La extraña mujer vestía ostentosamente. Su ropa de vivos colores se distinguía en la lejanía. Llevaba una falda larga y raída, en verde, azul y naranja, y dos o tres más debajo de esta, en los mismos tonos vivos y en estado de deterioro. Una blusa verde y un sombrero de hombre completaban su atuendo.

—Me gusta el arco iris pero no me gusta La Changua —dijo Chiquito, nombre que le habían dado al diminuto niño sus compañeros de vida, a los que se había unido hacía casi un año.

Nadie sabía el verdadero nombre de la mujer ni su procedencia. La Changua, nombre por el que se le conocía, poseía una cabellera abundante, llena de crespos que caían sobre su rostro, saliéndose de entre el sombrero como si quisieran liberarse de este. Cuando se lo quitaba, su aspecto

era aún más extraño. Sólo crespos y ropas coloridas parecían formar esa figura humana. Llevaba siempre un clavel rojo en su alborotado cabello, unas veces detrás de la oreja izquierda y otras detrás de la oreja derecha. Los zapatos masculinos que usaba estaban gastados a los lados dando la sensación de que caminaba hacia afuera en lugar de hacia adelante.

—Esa mujer tiene los tornillos flojos. La gente lunática hace cosas extrañas, ¿cierto? —preguntó Llorón.

El chico-líder se quedó pensativo por unos instantes y dijo:

Claro que hacen cosas extrañas. ¡Qué pregunta! ¿Luego no ha visto to'esos locos que andan por ahí? volvió a quedarse callado por unos instantes como si nunca hubiera considerado el tema.

—Bueno, dejemos los locos a un lado. Tenemos que concentrarnos en seguir a La Changua, y al primer descuido, ¡ZAS! le arrebatamos la bolsa.

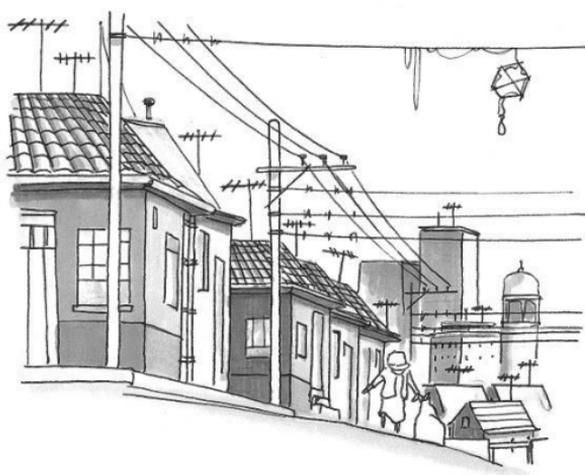
—No quiero problemas con la vieja, pero me gusta cuando hacemos algo juntos —dijo Chiquito.

—Es una suerte que nos hubiéramos encontrado —dijo el chico-líder, más para

sí que como respuesta al comentario de Chiquito.

Los muchachos hablaban poco sobre sus familias, de las que casi no se acordaban, y cuando lo hacían preferían olvidar. Habían sido abandonados en las calles de la ciudad donde se las arreglaban para subsistir.

Esta singular mujer andaba por todas partes arrastrando una bolsa de tela burda. Caminaba por las plazas de mercado recogiendo lo que las marchantas abandonaban y lo que buenamente le regalaban para su sustento diario. Las campesinas y revendedoras ya estaban familiarizadas con el extraño personaje. Algunas de estas mujeres se compadecían de ella y le daban frutas o verduras magulladas, aunque la mayoría le gritaban y la echaban de sus



predios. La Changua les respondía con palabras que nadie entendía.

Los rapazuelos siguieron a la extraña mujer ese día, el día siguiente y varios días más sin encontrar el momento oportuno para poner en práctica el plan que tenían entre manos.

Perico, con el pelo más parado que de costumbre, su cara roja por el viento frío que la golpeaba, dijo:

—Estoy cansado de andar detrás de la bruja esa. ¿Cuándo vamos a quitarle la bolsa? ¿Qué estamos esperando?

El espíritu aventurero de Perico estaba siempre listo para actuar. Le hubiera gustado ser el encargado del grupo y planear todos los días algo emocionante que hacer

